

JUAN DE MAIRENA



ANTONIO MACHADO

JUAN DE MAIRENA

SENTENCIAS, DONAIRES, APUNTES  
Y RECUERDOS  
DE UN PROFESOR APÓCRIFO

PÁGINA INDÓMITA

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو  
Ilustración de cubierta: Leandro Oroz  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: octubre de 2022

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-123847-6-5  
Depósito legal: C-1016-2022

## ÍNDICE

Nota a la presente edición .....	9
Juan de Mairena .....	11
I .....	13
II .....	19
III .....	24
IV .....	30
V .....	36
VI .....	41
VII .....	46
VIII .....	50
XIX .....	56
X .....	59
XI .....	61
XII .....	65
XIII .....	73
XIV .....	78
XV .....	82
XVI .....	87
XVII .....	92
XVIII .....	97
XIX .....	100

XX .....	104
XXI .....	110
XXII .....	116
XXIII .....	121
XXIV .....	127
XXV .....	132
XXVI .....	137
XXVII .....	141
XXVIII .....	145
XXIX .....	151
XXX .....	157
XXXI .....	162
XXXII .....	167
XXXIII .....	173
XXXIV .....	179
XXXV .....	185
XXXVI .....	192
XXXVII .....	200
XXXVIII .....	206
XXXIX .....	211
XL .....	218
XLI .....	223
XLII .....	228
XLIII .....	233
XLIV .....	238
XLV .....	243
XLVI .....	249
XLVII .....	256
XLVIII .....	260
XLIX .....	264
L .....	268
Índice onomástico .....	273

## NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

De las decenas de heterónimos creados por Antonio Machado, Juan de Mairena es, junto con Abel Martín (coprotagonista de este libro), el que ha cosechado más éxito. Se trata del «yo filosófico» del autor, de una especie de Sócrates patrio, un personaje de marcado talante liberal y lúcida ironía.

En una entrevista concedida a un redactor de *La Voz* de Madrid en 1938, el propio Machado nos explica el origen y las características del personaje:

¿Juan de Mairena? Sí... es mi «yo» filosófico, que nació en épocas de mi juventud. A Juan de Mairena, modesto y sencillo, le placía dialogar conmigo a solas, en la recogida intimidad de mi gabinete de trabajo, y comunicarme sus impresiones sobre todos los hechos. Aquellas impresiones, que yo iba resumiendo día a día, constituían un breviario íntimo, no destinado en modo alguno a la publicidad, hasta que un día... un día saltaron desde mi despacho a las columnas de un periódico. Y desde entonces, Juan de Mairena —que algunas veces guarda sus fervorosos recuerdos para su viejo profesor Abel Martín— se ha ido acostumbrando a comunicar al público sus impresiones sobre todos los temas.

Y a continuación el autor añade:

Juan de Mairena es un filósofo amable, un poco poeta y un poco escéptico, que tiene para todas las debilidades humanas una benévola sonrisa de comprensión y de indulgencia. Le gusta combatir el «snob» de las modas en todas las materias. Mira las cosas con su criterio de librepensador, un poco influenciado por su época de fines del siglo pasado, lo cual no obsta para que ese juicio de hace veinte o treinta años pueda seguir siendo completamente actual dentro de otros tantos años.

El volumen que aquí presentamos al lector constituye, pues, uno de los textos más originales de la literatura española contemporánea, una obra que cruza con total libertad los límites tradicionales de los diversos géneros literarios. En sus páginas, el imaginario profesor y sus alumnos reflexionan sobre la sociedad, la cultura, la política, la literatura y la filosofía, entre otros asuntos.

La obra fue publicada originalmente en 1936, tras el estallido de la guerra civil, y compendia la serie de artículos aparecida en la prensa durante los dos años previos, primero en el *Diario de Madrid* y después en *El Sol*, desde principios de noviembre de 1934 hasta finales de junio de 1936.

Aquí hemos seguido el texto de la primera edición (publicada en su día por Espasa-Calpe), y hemos corregido los errores tipográficos obvios, además de adaptar algunas grafías a las normas académicas actuales. Las notas a pie de página incluidas son del editor.



JUAN DE MAIRENA



## Habla Juan de Mairena a sus alumnos

### I

La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero.

*Agamenón.* — Conforme.

*El porquero.* — No me convence.

\* \* \*

(*Mairena, en su clase de Retórica y Poética.*)

— Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa».

El alumno escribe lo que se le dicta.

— Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: «Lo que pasa en la calle».

*Mairena.* — No está mal.

\* \* \*

— Cada día, señores, la literatura es más *escrita* y menos hablada. La consecuencia es que cada día se escriba peor, en una prosa fría, sin gracia, aunque no exenta de corrección, y que la oratoria sea un refrito de la palabra escrita, donde antes se había enterrado la palabra hablada. En todo orador de nuestros días hay siempre un periodista chapucero. Lo im-

portante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia. Lo demás se os dará por añadidura.

\* \* \*

*(Sobre el diálogo y sus dificultades.)*

«Ningún comediógrafo hará nada vivo y gracioso en el teatro sin estudiar a fondo la dialéctica de los humores». Esta nota de Juan de Mairena va acompañada de un esquema de diálogo en el cual uno de los interlocutores parece siempre dispuesto a la aquiescencia, exclamando a cada momento: ¡claro!, ¡claro!, mientras el otro replica indefectiblemente: ¡Oh, no tan claro!, ¡no tan claro! En este diálogo, el uno acepta las razones ajenas casi sin oír las, y el otro se revuelve contra las propias, ante el asentimiento de su interlocutor.

\* \* \*

«Hay hombres hiperbólicamente benévolos y cordiales, dispuestos siempre a exclamar, como el borracho de buen vino: “¡Usted es mi padre!”. Hay otros, en cambio, tan prevenidos contra su prójimo...».

Juan de Mairena acompaña esta nota del siguiente diálogo entre un borracho cariñoso y un sordo agresivo:

- Chóquela usted.
- Que lo achoquen a usted.
- Digo que choque usted esos cinco.
- Eso es otra cosa.

\* \* \*

*(Sobre la verdad.)*

Señores: la verdad del hombre — habla Mairena a sus alumnos de Retórica — empieza donde acaba su propia tontería. Pero la tontería del hombre es inagotable. Dicho de otro modo: el orador nace; el poeta se hace con el auxilio de los dioses.

\* \* \*

Lo corriente en el hombre es la tendencia a creer verdadero cuanto le reporta alguna utilidad. Por eso hay tantos hombres capaces de comulgar con ruedas de molino. Os hago esta advertencia pensando en algunos de vosotros que habrán de consagrarse a la política. No olvidéis, sin embargo, que lo corriente en el hombre es lo que tiene de común con otras alimañas, pero que lo específicamente humano es creer en la muerte. No penséis que vuestro deber de retóricos es engañar al hombre con sus propios deseos; porque el hombre ama la verdad hasta tal punto que acepta, anticipadamente, la más amarga de todas.

\* \* \*

La blasfemia forma parte de la religión popular. Desconfiad de un pueblo donde no se blasfema: lo popular allí es el ateísmo. Prohibir la blasfemia con leyes punitivas, más o menos severas, es envenenar el corazón del pueblo, obligándole a ser insincero en su diálogo con la divinidad. Dios, que lee en los corazones, ¿se dejará engañar? Antes perdona Él — no lo dudéis — la blasfemia proferida, que aquella otra hipócritamente guardada en el fondo del alma, o, más hipócritamente todavía, trocada en oración.

\* \* \*

Mas no todo es *folklore* en la blasfemia, que decía mi maestro Abel Martín. En una Facultad de Teología bien organizada es imprescindible —para los estudios del doctorado, naturalmente— una cátedra de Blasfemia, desempeñada, si fuera posible, por el mismo Demonio.

\* \* \*

—Continúe usted, señor Rodríguez, desarrollando el tema.

—En una república cristiana —habla Rodríguez, en ejercicio de oratoria— democrática y liberal conviene otorgar al Demonio carta de naturaleza y de ciudadanía, obligarle a vivir dentro de la ley, prescribirle deberes a cambio de concederle sus derechos, sobre todo el específicamente demoníaco: el derecho a la emisión del pensamiento. Que como tal Demonio nos hable, que ponga cátedra, señores. No os asustéis. El Demonio, a última hora, no tiene razón; pero tiene razones. Hay que escucharlas todas.

\* \* \*

*L'individualité enveloppe l'infini.*<sup>1</sup> —El individuo es todo. ¿Y qué es, entonces, la sociedad? Una mera suma de individuos. (Pruébese lo superfluo de la suma y de la sociedad.)

\* \* \*

Por muchas vueltas que le doy —decía Mairena— no hallo manera de sumar individuos.

\* \* \*

1. G. Leibniz, *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, 1765.

Cuando el saber se especializa, crece el volumen total de la cultura. Esta es la ilusión y el consuelo de los especialistas. ¡Lo que sabemos entre todos! ¡Oh, eso es lo que no sabe nadie!

\* \* \*

El alma de cada hombre — cuenta Mairena que decía su maestro — pudiera ser una pura intimidad, una mónada sin puertas ni ventanas, dicho líricamente: una melodía que se canta y escucha a sí misma, sorda e indiferente a otras posibles melodías — ¿iguales?, ¿distintas? — que produzcan las otras almas. Se comprende lo inútil de una batuta directora. Habría que acudir a la genial hipótesis leibnitziana de la armonía preestablecida. Y habría que suponer una gran oreja interesada en escuchar una gran sinfonía. ¿Y por qué no una gran algarabía?

\* \* \*

(Sobre el escepticismo.)

Contra los escépticos se esgrime un argumento aplastante: «Quien afirma que la verdad no existe, pretende que eso sea la verdad, incurriendo en palmaria contradicción». Sin embargo, este argumento irrefutable no ha convencido, seguramente, a ningún escéptico. Porque la gracia del escéptico consiste en que los argumentos *no le convencen*. Tampoco pretende él convencer a nadie.

\* \* \*

— Dios existe o no existe. Cabe afirmarlo o negarlo, pero *no dudar*lo.

— Eso es lo que usted cree.

JUAN DE MAIRENA

\* \* \*

Un Dios existente —decía mi maestro— sería algo terrible  
¡Que Dios nos libre de él!



## II

Nunca la palabra *burgués* —decía Juan de Mairena— ha sonado bien en los oídos de nadie. Ni siquiera hoy, cuando la burguesía, con el escudo al brazo —después de siglo y medio de alegre predominio—, se defiende de ataques fieros y constantes, hay quien se atreva a llamarse *burgués*. Sin embargo, la burguesía, con su liberalismo, su individualismo, su organización capitalista, su ciencia positiva, su florecimiento industrial, mecánico, técnico; con tantas cosas más —sin excluir el socialismo, nativamente burgués—, no es una clase tan despreciable para que monsieur Jourdain siga avergonzándose de ella y no la prefiera, alguna vez, a su fantástica gentilhombría.

\* \* \*

La vida de provincias —decía mi maestro, que nunca tuvo la superstición de la corte— es una copia descolorida de la vida madrileña; es esta misma vida, vista en uno de esos espejos de café provinciano, enturbiados por muchas generaciones de moscas. Con un estropajo y un poco de lejía... estamos en la Puerta del Sol.

\* \* \*

(*La pedagogía, según Juan de Mairena, en 1940.*)

— Señor Gozávez.

— Presente.

— Respóndame sin titubear. ¿Se puede comer judías con tomate? (El maestro mira atentamente a su reloj.)

— ¡Claro que sí!

— ¿Y tomate con judías?

— También.

— ¿Y judíos con tomate?

— Eso... no estaría bien.

— ¡Claro! Sería un caso de antropofagia. Pero siempre se podrá comer tomate *con judíos*. ¿No es cierto?

— Eso...

— Reflexione un momento.

— Eso, no.

El chico no ha comprendido la pregunta.

— Que me traigan una cabeza de burro para este niño.

\* \* \*

*Nunca, nada, nadie.* Tres palabras terribles; sobre todo la última. (Nadie es la personificación de la nada.) El hombre, sin embargo, se encara con ellas, y acaba perdiéndoles el miedo... ¡Don Nadie! ¡Don José María Nadie! ¡El excelentísimo señor don Nadie! Conviene que os habituéis — habla Mairena a sus discípulos — a pensar en él y a imaginarlo. Como ejercicio poético no se me ocurre nada mejor. Hasta mañana.

\* \* \*

La palabra *representación*, que ha viciado toda la teoría del conocimiento — habla Mairena en clase de Retórica —, envuelve muchos equívocos, que pueden ser funestos al poeta.

Las cosas están presentes en la conciencia o ausentes de ella. No es fácil probar, y nadie, en efecto, ha probado que estén representadas en la conciencia. Pero aunque concedamos que haya algo en la conciencia semejante a un espejo donde se reflejan imágenes más o menos parecidas a las cosas mismas, siempre debemos preguntar: ¿y cómo percibe la conciencia las imágenes de su propio espejo? Porque una imagen en un espejo plantea para su percepción igual problema que el objeto mismo. Claro es que al espejo de la conciencia se le atribuye el poder milagroso de ser consciente, y se da por hecho que *una imagen en la conciencia es la conciencia de una imagen*. De este modo se esquivo el problema eterno, que plantea una evidencia del sentido común: el de la absoluta heterogeneidad entre los actos conscientes y sus objetos.

A vosotros, que vais para poetas, artistas imaginadores, os invito a meditar sobre este tema. Porque también vosotros tendréis que habéroselas con presencias y ausencias, de ningún modo con copias, traducciones ni representaciones.

\* \* \*

(*Prácticas de oratoria.*)

—Señores (habla Rodríguez, aventajado discípulo de Mairena): Nadie menos autorizado que yo para dirigiros la palabra: mi ingenio es nulo; mi ignorancia, casi enciclopédica. Encomiéndome, pues, a vuestra indulgencia. ¿Qué digo indulgencia? ¡A vuestra misericordia!

*La clase.* — ¡Bien!

*Mairena.* — No se achique usted tanto, señor Rodríguez. Agrada la modestia, pero no el propio menosprecio.

—Señores (habla Rodríguez, erguido, ensayando un nuevo exordio): Pocas palabras voy a deciros; pero estas po-

cas palabras van a ser buenas. Aguzad las orejas y prestadme toda la atención de que seáis capaces.

Silencio de estupefacción en la clase.

*Una voz.* — Nos ha llamado burros.

*El orador* (mirando a su maestro). — ¿Sigo?

*Mairena.* — Si es cuestión de riñones, adelante.

\* \* \*

Amar a Dios sobre todas las cosas —decía mi maestro Abel Martín— es algo más difícil de lo que parece. Porque ello parece exigirnos: primero, que creamos en Dios; segundo, que creamos en todas las cosas; tercero, que amemos todas las cosas; cuarto, que amemos a Dios sobre todas ellas. En suma: la santidad perfecta, inasequible a los mismos santos.

\* \* \*

Nuestro amor a Dios —decía Spinoza— es una parte del amor con que Dios se ama a sí mismo. «¡Lo que Dios se habrá reído —decía mi maestro— con esta graciosa y gedeónica reducción al absurdo del concepto de amor!». Los grandes filósofos son los bufones de la divinidad.

\* \* \*

*De lo uno a lo otro* es el gran tema de la metafísica. Todo el trabajo de la razón humana tiende a la eliminación del segundo término. *Lo otro no existe*: tal es la fe racional, la incurable creencia de la razón humana. Identidad = realidad, como si, a fin de cuentas, todo hubiera de ser, absoluta y necesariamente, *uno y lo mismo*. Pero *lo otro* no se deja eliminar; subsiste, persiste; es el hueso duro de roer en que la razón se deja los dientes. Abel Martín, con fe poética, no menos humana que

la fe racional, creía *en lo otro*, en «La esencial Heterogeneidad del ser», como si dijéramos en la incurable *otredad* que padece lo *uno*.

\* \* \*

(*Fragmento de clase.*)

*Mairena.* — Señor Martínez, salga usted a la pizarra, y escriba:

Las viejas espadas de tiempos gloriosos...

Martínez obedece.

*Mairena.* — ¿A qué tiempos cree usted que alude el poeta?

*Martínez.* — A aquellos tiempos en que esas espadas no eran viejas.